

y dijo en alta voz al jefe de la vanguardia: —Capitán, los veteranos del batallón "De-gollado" no necesitan de esa clase de estímulo para lanzarse á la pelea. Y como en estos casos vale más el ejemplo que la palabra, vd., en su calidad de jefe de esa sección, póngase al frente de ella, y ni uno solo de los soldados que la forman dejará de entrar valientemente en el combate. Yo respondo de ello; todos son conocidos viejos para mí; como que en ese ameritado cuerpo empecé mi carrera.

Y como ese acto de justicia lo ejecutase Corona con perfecta serenidad, en medio de las descargas de fusilería que partían del puesto lozadeño, los soldados entusiasmados vitorearon á su caudillo predilecto, y se precipitaron con denuedo sobre el enemigo, logrando desalojarlo en breve tiempo.

Ese desprecio al peligro lo mostró Corona en todo tiempo, aún después de que hubo conquistado con su valor y patriotismo una posición militar y social bien cimentada.

Cuando la acción de la Mojonera contra las fuerzas invasoras de Lozada, Corona, en su calidad de general en jefe de las tropas defensoras de Guadalajara no estaba estrictamente obligado á permanecer en medio del fuego; y sin embargo, se le vió en todos los sitios peligrosos en que su presencia podía ser de alguna utilidad. Llevaba en aquella memorable jornada el traje que usaba comunmente en campaña: pantalón y chaleco blanco, botas fuertes negras, jaquet azul con botones dorados, sombrerito fieltro oscuro y capote militar. Por todas armas, así en su persona como en los arneses de su corcel, llevaba un fueete en la mano. Manteníase firme é impenetrable so-

bre su caballo blanco el "Cisne," mientras el pobre animal, con las orejas levantadas, las narices abiertas y el ojo alerta y vivo, no podía contener el temblor nervioso incesante que le causaban las nutridas descargas de los fusiles y el tronar de los cañones.

La entrada triunfal de las fuerzas de Corona en Guadalajara, produjo un júbilo delirante en la ciudad, y llevó la tranquilidad y la dicha á la familia del héroe, pues Corona se había casado en Octubre de 1867 con una apreciable dama americana.

¡Cuán lejos estaba de pensar aquella alegre población, que diez y seis años más tarde sentiría en interés de su salvador una conmoción no menos general que entonces, pero muy distinta, puesto que en 1873 la producía un regocijo inmenso, mientras que en 1889 la causaría un silencioso dolor por la larga é imponente agonía del héroe!

Triste fin el de una existencia tan bien empleada en servicio de la libertad y en honra de la patria.

Todo en la historia de Corona fué grande: su infancia desvalida y angustiosa, su huérfana adolescencia, su juventud heroica, su gloriosa virilidad y hasta su agonía dulce y resignada.

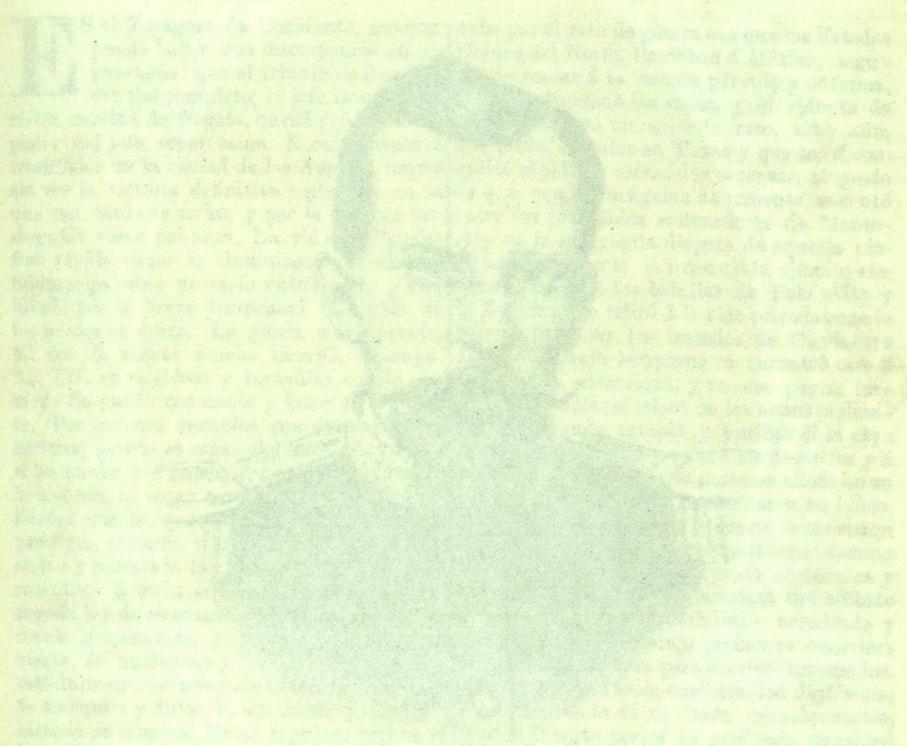
Cuatro años hace que el ilustre liberal duerme en su sepulcro. Pero sus brillantes hechos deben haber dejado en los Estados de Occidente un recuerdo imperecedero, si es verdad que los pueblos saben agradecer los beneficios que reciben.

México, 1894.

ANTONIO ALBARRAN.

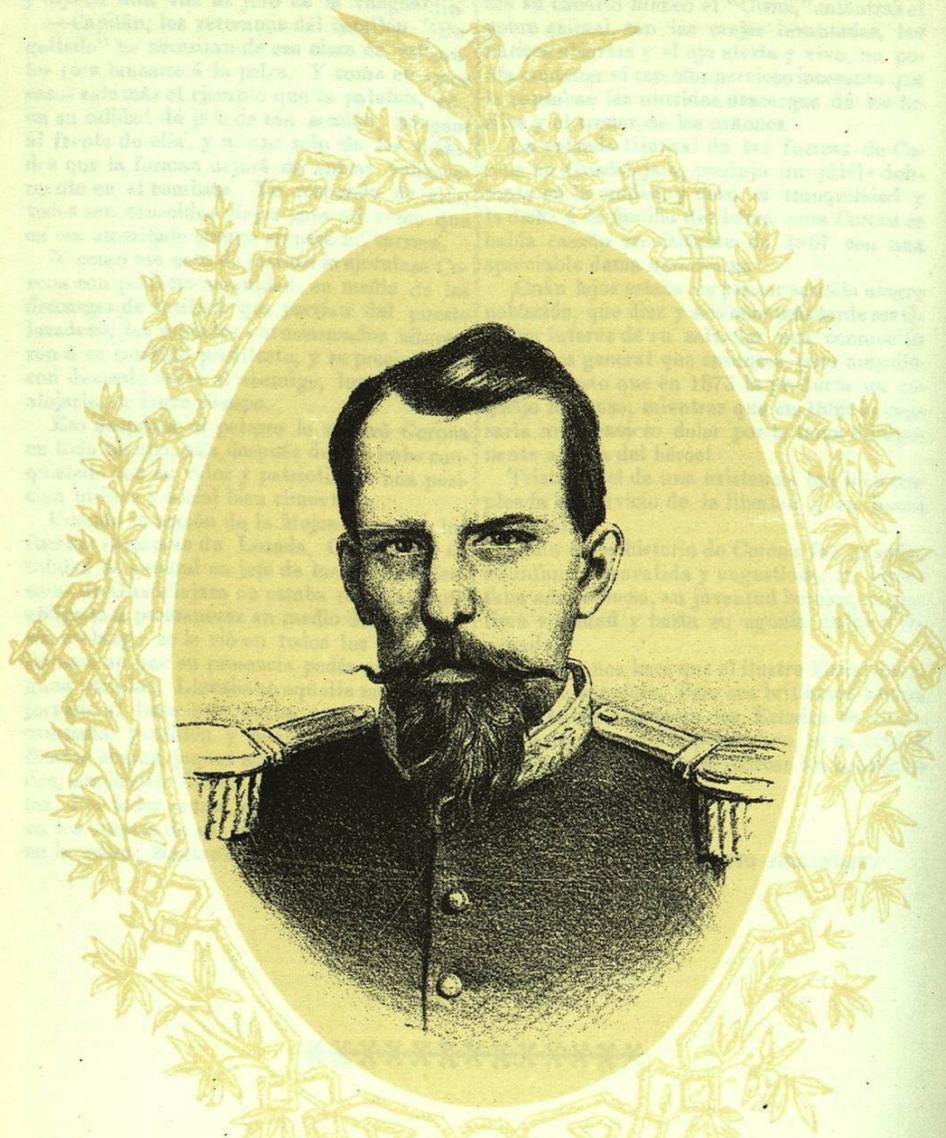


GENERAL ANTONIO ROSALES

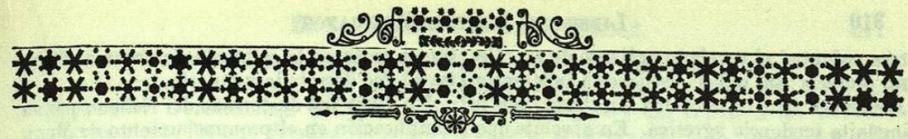


CAPILLA ALBARRAN

"Liberales Ilustres Mexicanos."



ANTONIO ROSALES.



GENERAL ANTONIO ROSALES

ES el Zaragoza de Occidente, aunque puede haber una discrepancia en el parangón: que el triunfo de San Pedro fué completo; el jefe francés Gazielle, capitán de fragata, quedó prisionero en poder del jefe republicano. Rosales, como el triunfador en la ciudad de los Angeles, murió sin ver la victoria definitiva y gloriosa, en la que con tanta se creían y por la que con tan singular valor pelearon. La vida de Rosales fué rápida como la iluminación vivaz del relámpago sobre un cielo entristecido y entutado por la brava tempestad. La vida de los héroes es corta. La gloria mata pronto. El que la resiste mucho tiempo, la empaña. Ella es veleidosa y tornadiza con lo que vive. Su pasión constante y firme es la muerte. Por eso son terribles sus amores y sus caricias; pronto se cansa del amante vivo, y si no puede, por su amor, arrajarlo cadáver a la historia, se venga manchándolo con infidelidades crueles, que acarrearán sobre él el desprestigio, primero, y luego la mofa sangrienta, audaz y descarada ladrona de méritos y validamientos. Rosales se plegó pronto a la tremenda ley de su amada, rindiéndola amorosamente la existencia, y precaviéndose, de esta suerte, de mudanzas y desvíos. Su memoria está durmiendo el sosegado sueño de una muerte tranquila y dulce: la silenciosa y modesta historia de Sinaloa. En su sepulcro espera la hora del reconocimiento, para erguirse majestuosamente y presentar la frente al laurel de los héroes.

Juchipila, en el Estado de Zacatecas, fué su cuna. Nació de Don Apolonio Rosales y Doña Vicenta Flores, á las diez de la noche del día once del año de 1822. Vino al mundo á tiempo de presenciar la liberación de la patria, y, acaso esta bella coincidencia fué en su espíritu rica simiente de pasión por su pueblo.

Su familia, de distinguida posición social, le educaba en el Seminario de Guadalupe, plantel entonces de reputación. En él le sorprendió el clamor de sorpresa y cólera arrancado por el reto de guerra con que los Estados Unidos del Norte, llamaban á México, seguros de vencer á la nación párvula y enferma. Rosales abandonó las aulas, y el ejército de la defensa tuvo un soldado raso, niño aún, que probó su valor en Texas y que con él conquistó rápidos y merecidos ascensos, al grado de que, con las insignias de teniente, se contó entre los intrépidos sostenedores de Montezumrey en la sangrienta disputa de aquella plaza con el poderoso é irresistible ejército violador. Asistió á las batallas de Palo Alto y la Resaca, y se retiró á la vida privada cuando fueron firmados los tratados de Guadalupe Hidalgo. Desde temprano se encontró cara á cara con la adversidad, y en esa pugna formidable, temeroso crisol de las almas inclinadas á lo grande, templó y purificó él la suya para llevarla fuerte y sana á los desastres y á las victorias. Los unos no pusieron miedo en su corazón, y las otras no trastornaron su juicio. Ni golpes ni lisonjas de la suerte le movieron á cautela y precaución, para allanar el camino de su prosperidad, destruyendo obstáculos y maquinaciones. Sacaba fortaleza del embate de la fortuna, y su patriotismo acendrado y puro hacía que la lisonja pérdida se resolviera en borrar y mengua para el artero incensador.

Para el revez tenía conformidad dignísima, como resultante de su credo inquebrantable, y para el éxito poseía la profunda serenidad de los ánimos superiores. Nada perturbaba su razón siempre victoriosa.

El infortunio, su gran maestro, le había infundido una como compasión por la desgracia y una imperturbable calma para el éxito; su generosidad, no ponderada hasta hoy como la justicia clama, nació de su frecuente trato con el infortunio, del cual no aprendió al derrotero sino á la bondad y al noble perdón. Sus iras eran violentísimas, pero pasajeras; en un instante y por cualquier fútil motivo hacían pavorosa explosión que llegaba al paroxismo; pero, aquí se ve el carácter indomable de aquel paladín y su adquirida propensión á la bondad, en un instante también sofrenaba con vigo-

rosa voluntad el arrebató ardiente de su cólera, propicia en todas ocasiones á inflamarse. Jamás fué la caballerosidad arrollada por la ingénita tendencia agresiva. En absoluta oposición á las violencias que formaron el fondo de su carácter, fueron sus acciones trascendentes. Perdonó á sus vencidos y prisioneros con una magnanimidad de que dió el primero y único ejemplo en la guerra francesa con Sinaloa. Con no menores constancias de generosidad dejó el mando del Estado, cuando sus obras despertaron la envidia en vez de encontrar la emulación. Frutos son estos del temprano y dilatado aprendizaje de la adversidad, siempre que el alma discípula sea grande en su esencia, para no dejar puerta ni resquicio á las mezquinas pasiones que brotan de un latente deseo de venganza engendrada por el despecho, que, si á tiempo no se sujeta, al fin alcanza á infernar á las almas que más se dirigen al bien. Provechosa para Rosales fué la inmerecida desgracia de nuestros ejércitos bisoños en la contienda con el coloso del septentrion, porque de aquel desastre que con magnitud de cataclismo conmovió á la República, obtuvo la severa enseñanza de la guerra, y aprendió la derrota gloriosa que después le sirvió para alcanzar el triunfo espléndido.

En la prensa fué liberal rojo. Fundó en Guadalupe, el año de 1851, un periódico llamado *El Cantarito*, y con él hizo tan ruda oposición á los moderados, que le valió muchas persecuciones que al cabo terminaron con la prisión de Rosales en un cuartel.

Los comienzos de su vida política en Sinaloa, datan de 1856 en que fué secretario de gobierno, puesto público que tornó á desempeñar en las postrimerías del año de 1859.

Por disposición del entonces gobernador D. Plácido Vega, tomó el mando del 2º batallón *Ligero de Sinaloa* y con esa fuerza que no llegaba á 300 hombres, se opuso temerariamente en la Villa de Escuinapa, en Febrero de 60, á más de 2,000 aguerridos soldados del temible Tigre de Alicia que había hecho irrupción en el Estado. El número no fué parte á que vacilara el batallón de Sinaloa. Rompiendo el cerco enemigo, con una provocación á la muerte rayana en delirio; pasando á través del incendio en que los acosaba el bandillaje, Rosales, á la cabeza de su tropa, salió de la población, burlando al exterminio que ya le creía en presa.

Tres meses después asistió á la batalla de Ixcuintla librada contra el jefe del ultimontanismo, Calatayud, que quiso detener al general D. Plácido Vega que con el contingente de Sinaloa, cruzaba el cantón de Tepic, en marcha al interior de la República, para

tomar parte en la campaña del centro. Calatayud fué derrotado y muerto.

En Julio fué desterrado del Estado, por su complicación en el pronunciamiento de Meza. Antes de que terminara el año, en Octubre, concurrió con alto mando á la batalla del Espinal en la que fué vencido Domingo Cajéu, entremetido extranjero que siendo gobernador de Durango había invadido á Sinaloa con la pretensión nunca lograda de someter á aquel pueblo libérrimo al partido de la reacción, repugnado en todo tiempo por los sinaloenses.

A pocos días y como consecuencia de su valor y pericia que ya descollaban notablemente, se le confió el mando en jefe de la escuadrilla del Estado, para que con ella se apoderara del puerto de San Blas. Afortunadamente en su peligrosa empresa, salió airoso de ella.

Al saber que el coronel D. Manuel Márquez, por orden del gobierno federal, que había declarado á Sinaloa en estado de sitio, había hecho entrega del gobierno á D. Jesús García Morales, salió de Culiacán, de cuyo distrito era prefecto con mando militar sobre Cosalá y Mocorito, con 120 hombres, obedeciendo al intento de pronunciarse en Cosalá, pero apenas había caminado dos leguas, cuando su reducida fuerza se negó á seguir, exigiendo que se le confesara el motivo de aquello que parecía huida secreta de la ciudad. Rosales no creyó prudente decir el verdadero fin de la expedición y contestó con alguna evasiva que no satisfizo á la tropa, la cual le desconoció y emprendió el regreso á Culiacán, no sin haber antes pretendido matar á Rosales que salvó la vida huyendo tres días por los montes donde le ocurrieron aventuras no despreciables para novelas de estro romántico. En Septiembre de 1864 se puso de acuerdo con el general Corona y con el coronel Sánchez Román, para derribar la administración de García Morales que ya no mantenía á la brigada de Tepic de que era jefe Corona y que, por falta de recursos estaba á punto de disolverse. Por este plan revolucionario, Rosales fué reconocido como jefe de las armas en Sinaloa. Los pronunciados hicieron capitular el 5 de Octubre á la guarnición del Rosario, y en aquella ciudad formaron al siguiente día el acta del pronunciamiento.

El día 15 en la madrugada, las brigadas de Sinaloa y Jalisco, fuertes con mil hombres, asaltaron la plaza de Mazatlán residencia del gobierno, defendida por quinientos soldados. Rosales con 300 soldados, atacó por el Infernillo y flanqueó las fortificaciones, mientras Corona las flanqueaba por la derecha, deter-

nando éstos dos asaltos impetuosos, la rendición de la ciudad con la cual cayó prisionero el gobernador. Consecuencia del triunfo del pronunciamiento fué que Rosales obtuviera el 19 de aquel mes de Octubre, el nombramiento de gobernador provisional. Con tal carácter expidió una proclama patriótica, excitando al combate contra los franceses invasores. "El patriotismo no se desarrolla á latigazos—dijo en su proclama—sino que se provoca dando ejemplos de probidad y de abnegación en los puestos públicos, y de arrojo y valentía en los campos de batalla."

El coronel D. José Rentería desconoció el gobierno provisional; pero fué sorprendido en Mirasoles, á cinco leguas de Culiacán, y derrotado, herido y hecho prisionero por el coronel D. Francisco de la Vega. Hoy el señor Rentería que entonces pretendió restaurar al gobierno legítimo, es un admirador del héroe, y un hombre respetado por su saber y por la honrada é intachable firmeza de sus principios y convicciones liberales. El 12 de Noviembre echó anclas en el puerto la escuadra francesa del Pacífico y en el acto, el comandante Kergrist notificó á la comandancia militar que desde el siguiente día quedaría establecido el bloqueo y que la plaza debía aguardar el rompimiento de las hostilidades por parte de la escuadra. Rosales contestó de una manera tan seca como digna, advirtiendo que consideraría roto el armisticio si alguna embarcación francesa se ponía bajo los fuegos de la plaza y se resolvió la salida de las fuerzas en vista de la imposibilidad de rechazar un ataque de la escuadra, que ya obraba en connivencia con un ejército de 4,000 hombres de Lozada, que se acercaba por la parte de tierra con la rapidez demandada en semejantes circunstancias. Nombró vice-gobernador á D. Fortino León y prefecto del Distrito á D. Pablo Retes con el doloroso encargo de hacer entrega de la plaza á los franceses, que se apoderaron de ella el día 13, después de bombardearla impunemente y hasta que una comisión de cónsules, en compañía del Sr. Retes, se presentó amparada por la bandera de parlamento, en la fragata *D'Assas*, á hacer la entrega de la ciudad indefensa.

A las dos de la mañana de aquel día, Rosales abandonaba la plaza con los 400 hombres de su guarnición. A la misma hora, Lozada que se encontraba ya en la Loma Atravesada á poco más de dos millas del puerto, hacía señales á la escuadra, certificando su criminal puntualidad.

Eludió Rosales el encuentro con los bandi-

dos traidores, y haciendo rumbo al Norte, caminó cuatro leguas y se detuvo en la Puerta del Hobal, para dar reposo á los patriotas. Lozada, al saberse burlado, mandó sus caballerías en persecución de los republicanos á los cuales sorprendió en el punto precitado, entregados con la mayor confianza al descanso. El pánico se produjo en el campo republicano y la derrota casi se declaró en los primeros instantes del asalto; pero Rosales dió, en tan apurado trance, nueva y brillante prueba de la temeridad que ya nadie le disputaba. Relinchas las filas de los sorprendidos, el combate se trabó, furioso y horrible, cuerpo á cuerpo; de un lado el coraje de los sorprendidos y del otro la rabia de los que vieron á la victoria sonriente salir á recibirlos. No duró más de media hora la batalla, ni más tiempo le permitiera la furia de los combatientes; y al término de ese lapso las caballerías traidoras, se precipitaron en fuga desornada ganando el camino de Mazatlán y abandonando en el campo heridos y pertrechos.

En la tarde prosiguió Rosales su marcha, y dos días después, el 15, se reunió en el Querétite con las fuerzas de Corona y las de Sánchez Román. Celebróse una junta de guerra, que terminó con la resolución de rechazar á los franceses y á sus aliados, batiéndolos, acosándolos, destruyéndolos por medio de guerrillas, y, ya consecuentemente con este acuerdo, Rosales salió para Culiacán al frente de la Brigada de Sinaloa. A su paso por San Ignacio, el 18, expidió una proclama, alentando al pueblo á la guerra, y en Diciembre llegó á Culiacán donde firmó el 16, el decreto declarando puerto de altura á Altata, por hallarse el de Mazatlán, en poder de los franceses.

¡Diciembre! El mes de la batalla increíble, de la victoria novelesca; el mes de la gloria, del patriotismo, del entusiasmo y de la aureola; en tus auras frías hay notas del Himno Nacional y vibraciones de alaridos bélicos; el Hunaya canta la estrofa de la guerra, y la ondina, arrebatada de alegría, lleva al coro de la naturaleza triunfal y jubilosa, las voces de su espuma musical.

G. Mani, almirante comandante en jefe de la armada francesa del Pacífico, y G. Munier, comandante superior del puerto de Mazatlán, consideraron por decreto del día 10, que la pacificación del norte del Estado dependía de la ocupación de Culiacán, y, en tal virtud, dispusieron una expedición de tropas y elementos escogidos para que realizara la corta campaña que se proponían. El 19 en la tarde, el gobernador y comandante militar, Rosales, tuvo aviso cierto de que en Altata había fundeado el vapor de guerra *Lucifer* conducién-